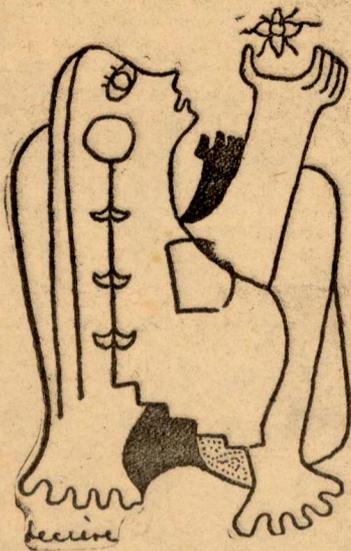


# POESIA QUECHUA



El renovado interés que la poesía precolombina está provocando, tanto entre los antropólogos como entre los creadores —pues es una doble fuente de conocimiento e inspiración—, ha determinado varias recientes recopilaciones y estudios, entre los que hay que mencionar los numerosos, informadísimos trabajos del mexicano Miguel León Portilla y la *Poesía Precolombina* recogida por el novelista Miguel Ángel Asturias. Era notorio, sin embargo, que esos repertorios sólo atendían a la antigua poesía de las culturas centroamericanas (en lengua nahuatl y maya), dejando de lado todo el caudal poético del pueblo quechua. Este casi total desconocimiento de nuestra poesía autóctona (pre-hispánica e hispánica) en el ámbito continental, era consecuencia de la falta de una buena antología específica, con criterio moderno y más decididamente literario que antropológico o folklórico, enfoques que distinguían respectivamente a las recopilaciones de José María Arguedas y a las viejas *Azucenas quechuas* de Adolfo Vienrich. La *Poesía Quechua* (1) seleccionada, presentada y anotada por Sebastián Salazar Bondy, es el primer trabajo de ese tipo que ve la luz en el extranjero.

En su introducción, el autor señala: "Este pequeño libro es apenas un mirador sobre el complejo cultural de la vida andina. El antologista aspira sólo a que, gracias a las revelaciones que los poemas compilados dan por sí, los lectores se sientan atraídos por el pueblo quechua. En el hontanar de esta gran nación están intactos los valores que hicieron del Tahuantinsuyo uno de los mejores proyectos de dicha social que la historia recuerda en su milenaria memoria"; y justifica la estructura de su antología: la primera parte —"Poesía Incaica", propiamente dicha— recoge himnos y oraciones conservados en las crónicas; la poesía amorosa y pastoril, transcrita por cronistas y recopilada por los estudiosos del folklore (Anchorena, Alomía Robles, Vienrich); y la poesía dramática, ejemplificada en dos monólogos del Ollantay, en una versión para el teatro moderno que César Miró y SSB prepararon hace algún tiempo. En la segunda parte, "Poesía folklórica", aparecen "dieciséis canciones que las comunidades quechuas de diversos lugares de los Andes entonan hoy mismo con ocasión del trabajo agrícola, la fiesta religiosa o el amor".

El panorama que este libro ofrece es, pues, sintético pero suficiente como una introducción a la poesía quechua y a sus fuentes. Completándolo, el autor agrega al final oportunas notas bibliográficas y un breve vocabulario.

(1) *Poesía Quechua*, Introducción, selección y notas de Sebastián Salazar Bondy, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1964, 94 págs.

## Distancias y Aproximaciones

# Una nueva situación para una obra

por Sebastián Salazar Bondy



Luego de un largo y aquietado lapso de conformismo y aceptación del mito consagratorio, parece haberle llegado a Palma la hora del primer balance a distancia, ese que se aplica a desbrozar de la memoria de un escritor — en especial cuando aparece éste en la cultura de su siglo como el único cuya personalidad se afirma en una obra de creación auténtica— todo lo que es hojarasca de crítica verbosa, ponderación rutinaria y repetida posta de los mismos lugares comunes del elogio. Y el fenómeno de ese extrañamiento del literato y su público o sus jueces no se opera en la forma más violenta e iconoclasta. Se trata, más bien, de hallarle una nueva situación mediante algo menos que un libelo y bastante más que una beata devoción. El caso se ilustra con un artículo publicado en un reciente libro de Mario Castro Arenas, "palmista" —si cabe el término— entre los jóvenes críticos.

En su colección de ensayos "De Palma a Vallejo" (Populibros Peruanos, 9a. Serie, Lima, 1964) hay, entre otros, uno titulado "Sabor de Palma" en el cual el autor propone la persistencia de dos imágenes del tradicionista: una, la del "cariñoso abuelo que nos congrega a su torno para relatar nos historias del tiempo viejo", y otra, la "imagen humana fundamental". Aquélla, a juzgar por las palabras del ensayista, es

una superchería (habla inclusive de la impostura del gastado clisé); esta otra, en cambio, es fruto de la vida, de la "novela del joven pobre" que vivió el escritor y a la cual refleja la creación. El cuadro sería perfecto si la imagen vital recompusiera la de cartón del supuesto abuelito de las cuitas legendarias. Pero no es así.

En la abreviada secuencia que Castro Arenas despliega en las páginas mencionadas de su libro quedan impresas diversas defeciones: su inicial gamarrismo y su posterior anti-gamarrismo, su inicial enemistad con Castilla y su posterior adhesión a Castilla, su inicial brío de periodista satírico y su posterior apaciguamiento en el parlamentarismo gubernista y en la diplomacia, etc. Todo ello tiene su correlativa manifestación literaria: elección del relato breve en vez de la novela, predilección por el pasado (y añadamos que por el colonial menos que por el incaico o el emancipador), al que aprovecha sólo en función anecdótica; pintura de tipos ("fauna vocinglera, levemente deshonesto y licenciosa", dice Castro Arenas) y no de personalidades, etc. En suma, pues, un mundo complaciente, sosegado aunque ruidoso, guiñolesco y escenográfico en vez de humano y moral.

Deducida así, de las verificaciones de un exégeta, la realidad de la obra palmiana, resulta de-

nodado y estéril, pese a su ingenio, el esfuerzo del autor "De Palma a Vallejo" por emparentar las "Tradiciones" con "El Libro del Buen Amor" y, más adelante, con la novela picaresca. De aquél le falta a la obra de nuestro compatriota la sensualidad libérrima, la rebeldía sustancial, la potencia casi salvaje del poema del Arcipreste de Hita; de ésta no tiene ese carácter ético y social, de enjuiciamiento sarcástico de una crisis, que hizo de la picaresca la primera literatura del hambre colectivo. Las coincidencias en cuanto a lineamientos verbales son en ambos casos secundarias. Difícilmente, por ello, podrá separarse la imagen doméstica, coloquial y, al fin y al cabo, exclusiva del Perú, la del abuelo contador de historias amables, que tenemos de Palma, de la realidad, pues ella responde perfectamente a la índole literaria de las "Tradiciones". Fueron éstas lo contrario de la impaciente protesta, del liberalismo radical (salvo en lo que a ciertas liberalidades del pudor se refiere), de la búsqueda de una raíz diferencial para nuestra cultura. Sea esto dicho sin amenguar en un punto el lugar que por su talento merece el famoso limeño, pero tampoco sin insuflar a su nombre más de lo que él por sí significa. La nueva crítica, en verdad, aun la que no quiere desmerecerlo, está cumpliendo esta tarea de necesaria revisión.